

respeto y honra al hijo mayor y más querido del mismo dueño? ¿Rehusará á una Matrona la consideracion á que es acreedora, la criada fiel que considera y sirve con esmero á la hija en quien aquella tiene todo su amor, y que de preferencia es objeto de su ternura maternal? Con estos ú otros mil ejemplos por el estilo, conviene, Venerables hermanos, que afirméis al pueblo en su creencia, de que á Dios adora, á Dios ama, á Dios sirve, cuando reverencia, sirve y ama á su Purísima Madre la Virgen María, y á los Santos sus amigos, sus confidentes y sus ministros. Si admiramos y exaltamos su poder y sus virtudes, no es en verdad, bien lo sabeis, refiriéndonos á ellos mismos, sino á Dios, principio de todo poder y fuente de toda gracia; á la manera que, cuando admiramos y encomiamos la accion vivificante de los rayos del sol que nos llegan á la tierra, nuestra admiracion y nuestros encomios, se dirigen al grande y benéfico astro del cual emanan.

No contentos los protestantes con tan pueril ataque al culto de la Sma. Virgen y de los Santos, recurren para alucinar á la gente sencilla, á la especie falsa á todas luces, de que la invocacion de los Santos no cuenta con fundamento alguno en las Santas Escrituras. Abrid, Venerables hermanos, vuestra Sagrada Biblia en el *capítulo 10* de los *Hechos Apostólicos*, en el *capítulo 5.º* del *Apocalipsis*, en el *3.º* del libro de la *Sabiduría*, en el *15.º* del *Evangelio de S. Lucas*, en el *12.º* de *Tobías*, y por fin en el *capítulo último* del *2.º* libro de los *Macabeos*, para que volvais á ver y mostreis á los fieles: en el primer pasaje, cómo los Angeles traen á los hombres mensajes del Señor: en el segundo, cómo las oraciones de los Santos son representadas bajo la figura de *copas de oro llenas de perfumes* que ascienden al trono de Dios: en el tercero, cómo los Santos son llamados á *juzgar las naciones y á dominar los pueblos*: en el cuarto, cómo los Angeles y Bienaventurados celebran con inmenso regocijo en el cielo la conversion de los pecadores: en el quinto, cómo el Arcángel San Rafael afirma expresamente que él mismo ha presentado al Señor las oraciones y limosnas de Tobías: y por último, en el sexto, cómo despues de quinientos años de haber muerto el Profeta Jeremías, se interesaba y rogaba con instancias al Señor por la Ciudad Santa y por todo el pueblo judío. Hé aquí por la brevedad, tan solo algunos de los innumerables pasajes de la Santa Escritura, en que, á más de la Divina tradicion, se ha funda-

do la Iglesia para definir, que es santa, saludable y provechosa la invocacion de los Santos.

Pero como derrotados vergonzosamente los protestantes en este terreno de la Santa Escritura, todavía se atreven á decir, que la Iglesia de los primeros siglos no conoció el culto de los Santos, haced saber á los fieles, que faltando los sectarios á la verdad histórica, se desentienen de innumerables monumentos y testimonios de aquellos siglos, cuya autenticidad nadie ha negado, y por los qué consta con toda seguridad, que desde la cuna de la Iglesia estuvo en uso la práctica que tanto repugnan. Así por la Epístola de la Iglesia de Esmirna á la de Filadelfia en Frigia, con motivo del martirio de S. Policarpo; discípulo del Apóstol S. Juan, sabemos: que aunque el Procónsul mandó reducir á cenizas el cuerpo del Santo mártir, los fieles pudieron sin embargo recoger con reverencia algunos huesos escapados del fuego, cuyas reliquias eran *estimadas por los cristianos en más sin comparacion, que el oro y las más preciosas piedras*: que colocaron tan sagrados restos en un lugar decente; y que en él se reunian todos los años á celebrar con santo regocijo la memoria de su martirio. Noticias todas, tomadas de la citada Epístola, que puede verse en el libro 4.º de la *Historia Eccl.* de Eusebio. Podeis tambien citar la autoridad de Orígenes, quien en su libro 8.º contra Celso, hablando de los Angeles y de las almas que reinan con Dios, se expresa así: *Ayudan y socorren á los que quieren honrar y servir á Dios, uniendo sus preces á las de ellos*. Y luego en su libro *De Oratione*, vuelve á decir: *La deprecacion, la petition y la accion de gracias, pueden ofrecerse á los Santos. La petition y la accion de gracias, pueden ser dirigidas aun á los hombres; pero la deprecacion sólo á los Santos, para que si por ejemplo, se ofrece á Pablo ó á Pedro, nos ayuden y nos hagan dignos de la remision de nuestros pecados, en virtud de la potestad á ellos concedida*. Aducid tambien si quereis, la autoridad de San Cipriano, quien en su Epístola 57, dice así, al Papa San Cornelio: *Acordeémonos mutuamente el uno del otro en nuestras oraciones al Señor; y el que de nosotros precediere al otro en la muerte, perseveré orando delante del Señor, é implorando la misericordia Divina en favor de nuestros hermanos*. Preciosa es tambien la autoridad de San Basilio, quien en su Epístola 205, dice: *Yo invoco á los Santos Apóstoles, á los Profetas y á los Mártires, á fin de que rueguen por mí,*

y que por su mediacion, Dios me sea propicio y me perdone mis pecados: hé aquí por qué honro y reverencio sus imágenes, conforme á la tradicion recibida de los mismos Apóstoles. Otras muchas autoridades podreis ver, Venerables hermanos, en las citadas *Prelecciones Teológicas* de Perrone, tomo 4.º, en donde además encontrareis pasajes varios de las litúrgias más antiguas y usadas en los primeros siglos de la Iglesia, en cuyas litúrgias se consigna y expresa la misma práctica de la invocacion de los Santos.

Mucho podriamos aún decir, Venerables hermanos, acerca de este punto, particularmente con relacion á las Sagradas Imágenes, aduciendo al efecto innumerables testimonios, que como el de San Basilio, poco há citado, prueban hasta la evidencia el honor y reverencia de la Iglesia primitiva, hácia ellas, entresacándolos de las obras de los Santos Padres y escritores Eclesiásticos de aquellos siglos, como tambien de escritores recientes, que con motivo de las escavaciones hechas en las catacumbas más antiguas, nos dan las más curiosas noticias, acerca de las imágenes encontradas en las criptas, de las pinturas en vidrios, de las piedras con diversos grabados, y de varios utensilios del culto, objetos todos perfectamente calificados por los anticuarios más hábiles, y de los que se desprende tal certidumbre sobre el uso de las Sagradas Imágenes entre los fieles de la primitiva Iglesia, que aunque nada nos dijeran sobre esto los escritos de los Santos Padres, bastarian por sí solos tales descubrimientos, para la confirmacion de una verdad, que unicamente pueden poner en duda la ceguedad ó la estupidez. Los que entre vosotros tengan tiempo y proporcion, podrán comprobar todo esto con la lectura de los *Orígenes y Antigüedades cristianas* del sábio Mamachi, ó bien con la de la obra más reciente del Abate Gaurme, intitulada: *Las tres Romas*, t. 4.º Por ahora, preciso es, consultando á la brevedad, atenernos á estas indicaciones; y concluir este punto de la veneracion de las Santas Imágenes, con el testimonio, no de un Santo Padre, ni de un escritor eclesiástico, sino con el del sábio protestante Leibnitz, á cuya pluma somos deudores de la siguiente preciosa defensa del culto de las Sagradas Imágenes, cuya lectura deberian hacer y meditar todos sus correligionarios de buena fé. Hé aquí pues, las palabras del ilustre escritor: *Aunque en el modo comun de hablar se diga que se honra á las imágenes, no es en realidad á una materia inanimada á la que se honra, sino al prototipo, ó al original;*

y así es como el Concilio de Trento explica el honor que se ha de tributar á las imágenes, siendo este tambien el motivo, por qué los escolásticos sostienen, que se ha de adorar la imagen de Cristo con aquel sumo culto de latria, con que se adora al mismo Cristo Dios. Porque, en verdad, el acto que se llama adoracion de la imagen, no es otra cosa que la adoracion del mismo Jesucristo con ocasion de la presencia de su imagen; y la reverencia corporal con que esto se hace, eleva más la mente á la contemplacion del Señor en su imagen. Por esto, nadie dice, ó piensa decir: *Concédeme ¡oh mármol! dame ¡oh madera! lo que te pido; sino yo te adoro, ¡oh Señor! yo te doy gracias: yo te pido, yo te alabo: en lo que ciertamente no cabe idolatría, como no cabe en adorar al original.* (Sistema teológ. p. 142.)

Basten, Venerables hermanos, las precedentes indicaciones, para que amplificadas con vuestro propio estudio, emprendais con fruto, por medio de vuestra predicacion, una guerra digna, una guerra sin treguas contra la propaganda del protestantismo, por cuyo medio, ya que otros más violentos han salido á la impiedad ineficaces, para acabar con la religion del pueblo, pretende ahora socavar sordamente los cimientos de esa misma Religion, á fin de que llegue un dia, en que apagada la antorcha de la verdadera fé católica, en nombre de doctrinas que se dicen cristianas sin serlo, y que por lo mismo son absolutamente impotentes enfrente de la impiedad y del ateismo: estos monstruos se enseñoreén del todo de nuestro suelo. No sucederá así, Venerables hermanos, si con el auxilio Divino, nos esforzamos en premunir á los pueblos contra ese linaje de seduccion, y en tenerlos alerta contra los amaños de la herejía.

No ha mucho que con motivo de nuestra Pastoral expedida en 29 del próximo Abril sobre este mismo asunto del *protestantismo*, pudimos observar con indecible consuelo, que algunos de vosotros pusisteis grande empeño en *desmenuzar* al pueblo nuestra palabra; y esto nos sugirió la idea, así de difundir entre los pobres el pequeño *Catecismo* que se ha repartido últimamente con profusion, como la de encargarnos promovais cuanto esté en vuestro arbitrio, la circulacion de la preciosa obrita *Conversaciones sobre el protestantismo actual*, que tanto os hemos recomendado en el principio de esta nuestra carta.

Pero como atendida la condicion del pueblo, tales lecturas no basta-

rian para tenerlo bien advertido, si á ellas no se agrega la voz viva de sus Párrocos y Sacerdotes: he aquí por qué resolvimos dirigiros las presentes letras, con el fin de excitar vuestro celo, y de facilitar á muchos el género de predicacion que tanto os recomendamos y encargamos.

*Ladraremos*, nos escribia con acierto uno de vosotros, por los dias en que se ocupaba en el púlpito de nuestra mencionada Pastoral de 29 de Abril, *ladraremos, y de este modo ahuyentaremos al lobo, que pretende introducirse en el aprisco*. Sí, Venerables hermanos, ladrad y ladrad recio: ladrad y ladrad sin cesar, para impedir que el pueblo sencillo sea víctima de tan peligrosa seducción. Lo que hemos intentado en esta nuestra carta, es daros el tono y el compas en que debeis *ladrar*; é indicaros, particularmente á los que abrumados con las fatigas del sagrado ministerio no teneis tiempo desahogado para el estudio, las ideas y pensamientos de que debeis ocuparos, ministrándoos tambien algunos datos para su fácil explanacion y desarrollo.

En cada vez que hableis al pueblo sobre alguno de estos puntos que os hemos indicado, insistid en que os deben ser entregados, como al principio os dijimos, las Biblias, Nuevos Testamentos y demás opúsculos y folletos, que los protestantes diseminan por centenares entre los pueblos, ya por medio de emisarios *ad hoc*, ya valiéndose de comerciantes del país, y hasta de los conocidos con el nombre de *varilleros*, que recorren aun las Haciendas y los Ranchos, llevando entre sus efectos de mercería muchos de aquellos opúsculos y libritos. Diseminad vosotros cuanto podais el pequeño catecismo que os hemos remitido, procurando si es posible, que no haya en vuestras feligresias, familia honrada y pobre que cuente en su seno alguna persona que sepa leer, á la que no deis por vía de regalo algun ejemplar de dicho pequeño catecismo, de cuyas respuestas aunque bien claras, conviene tambien que os ocupeis con frecuencia en el púlpito, para hacerlas perceptibles aun á los más rudos. Si se os acaban los ejemplares que os hemos remitido pedidnos más, que aún tenemos algunos de reserva.

Por último, Venerables hermanos: como ni nuestras palabras, ni las vuestras tendrán algun suceso, si Dios, que por nuestro medio se digna *dar el riego*, no da por sí mismo el *incremento*: interesemos para esto á su Purísima é Inmaculada Madre, por cuya cuenta corrió la evange-

lizacion primitiva de nuestros pueblos. Ella al pisar con sus sagradas plantas el *Tepeyac*, cuando el Evangelio comenzaba á ser predicado en el país, nos dió bien á entender que somos heredad suya; y que todo debemos esperar de su maternal cuidado, en pro de la conservacion de la fé católica, anunciada entre nosotros bajo sus virginales auspicios: con tal de que con fé la invoquemos en nuestras angustias, en nuestras aficciones, en nuestros peligros. ¿Qué mayor aficcion, qué mayor angustia, qué mayor peligro, que la situacion actual de nuestra Iglesia? El infierno, por medio de las Sociedades masónicas, está todo empeñado en acabar con ella. Reducida en lo temporal á la última miseria, la impiedad la combate á la vez por si misma, mofándose de su doctrina y de su culto, en donde le conviene obrar á cara descubierta, y en donde no, tomando por auxiliares al llamado *Espiritismo* y al *Protestantismo*, para obtener por medios no tan cínicos ni desvergonzados, sino por los del halago y de la seducción, el mismo resultado de descatolizar los pueblos, apagando la antorcha de la fé encendida en ellos por la educacion cristiana de tan tierna madre. Las clases acomodadas, en una gran parte, hacen coro á sus enemigos, si no volviéndole del todo la espalda, sí mirándola con el desden del hijo díscolo, *vulgarmente maleriado*, que se afrenta de su madre. La juventud y la niñez están sustraídas por las leyes, á su benéfico influjo, en las escuelas y planteles sostenidos por fondos públicos; y sus manifestaciones religiosas para el fomento de la devocion y de la piedad, tiene por fuerza que concentrarse en el recinto de los templos. ¿Qué hacer, Venerables hermanos, en circunstancias tan extraordinariamente críticas? Humanamente hablando, el enemigo cuyos fatídicos nombres son *impiedad y ateismo*, es un gigante capaz de aplastar con solo el contacto de sus enormes manos, cuanto le hace oposicion ó le sirve de obstáculo; pero no por esto debeis desmayar, no: recordad que tambien Goliat era un hombre de formas atléticas, y que bastó una piedrecilla arrojada por un jóven pastorcito, y dirigida por una mano invisible, para derribarlo y vencerlo. Pues bien: nuestra palabra y la vuestra, y los frutos de fé y de piedad que ellas produzcan, son la piedrecilla, que dirigida por la mano invisible de María, reducirá al gigante á la más vergonzosa impotencia, aunque se presente cubierto de piés á cabeza con la armadura de la herejía. ¿No es en efecto la Santísima Vírgen, quien lo ha